



LA VUELTA AL MUNDO EN 80 AUTORES

CONVERSACIONES
CON LOS MEJORES ESCRITORES
DE NUESTRO TIEMPO

XAVI AYÉN

Índice

Portada

Introducción. La gran aventura de la conversación

Los 80 escritores

Naguib Mahfuz

Lawrence Ferlinghetti

Doris Lessing

José Saramago

Wisława Szymborska

Pramoedya Ananta Toer

James Salter

Ana María Matute

Gabriel García Márquez

Günter Grass

Carlos Fuentes

John Forbes Nash Jr.

Imre Kertész

Toni Morrison

Jesús Lizano

Tomas Tranströmer

E.L. Doctorow

Umberto Eco

Elena Poniatowska

Fernando Arrabal

V.S. Naipaul

Juan Marsé

Sergio Pitlor

Philip Roth

Ces Nooteboom

Allan Bennet

Wole Soyinka

Kenzaburo Oé

Luis Goytisolo

Mario Vargas Llosa

Gao Xingjian

J.M.G. Le Clézio

Arto Paasilinna
Isabel Allende
Donna Leon
Daniel Barenboim
Peter Handke
Peter Carey
Patrick Modiano
Juan José Millás y Quim Monzó
Daniel Goleman
Paul Auster
Jaume Cabré
Salman Rushdie
Carme Riera
James Ellroy
Enrique Vila-Matas
Catherine Millet
Haruki Murakami
Ken Follett
Pierre Lemaitre
Javier Marías
Orhan Pamuk
Vikram Seth
Stieg Larsson
Siri Hustvedt
Antonio Muñoz Molina
Michel Houellebecq
Mircea Cartarescu
José Carlos Llop
Rolf Bauerdick
Sergi Pàmies
Almudena Grandes
Arnaldur Indridason
Jonas Jonasson
David Lagercrantz
Javier Cercas
Garry Kasparov
Frédéric Beigbeder
Horacio Castellanos Moya
Xuan Bello
Carlos Zanón
Amélie Nothomb
Jonhathan Littell
Agustín Fernández Mallo
Karl Ove Knausgård
Joumana Haddad
Mathias Enard
Zadie Smith

[Mapas continentales con los lugares de origen de los autores](#)

[Sobre el libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Introducción

La gran aventura de la conversación

Aterrizar en el aeropuerto de Lagos y que, en la misma pista, te estén esperando dos guardaespaldas bien trajeados y armados con sendas pistolas, para hacerse cargo de tu seguridad, no se corresponde a la idea que uno tiene, en la facultad de Comunicación, de lo que va a ser el oficio de periodista literario. Mucho menos épico es llamar sin cita previa al timbre de Doris Lessing, en un barrio residencial de Londres, y que ella misma, al poco de haber ganado el Nobel de Literatura, te abra la puerta en bata y te invite a pasar a la cocina. O intentar que García Márquez te franquee la puerta de su casa de México diciendo que le traes una maleta con los regalos de una amiga... Al evocar el contexto en que fueron hechas estas entrevistas, se me aparecen en la memoria imágenes muy diversas: tormentas de nieve en Islandia, un recorrido en coche por el norte de Suecia –esquivando los ciervos– con el padre de Stieg Larsson al volante, Catherine Millet enseñando sus pechos al fotógrafo en un aula del Instituto Francés, Ana María Matute desayunando whisky en un bar de barrio regentado por chinos, Frédéric Beigbeder tumbado en un banco gaudiniano del paseo de Gracia tras una noche de juerga...

Ha llovido mucho desde finales de los años ochenta, cuando empecé a entrevistar escritores. El conjunto recogido en este libro, una criba de varias cribas previas, es una panorámica global que podría componer un canon de la literatura. Se ha primado un criterio de diversidad geográfica, para que aparezcan el máximo de continentes y países, y tam-

bién una diversidad de géneros literarios, sin olvidar ejemplos de los best sellers del momento. Evidentemente, faltan grandes autores con los que nunca coincidí, otros con los que mantuve encuentros excesivamente breves o muy centrados en su última novedad y algunos cuya zona geográfica ya se hallaba suficientemente representada. Tal vez a algunos les pueda sorprender la presencia esporádica de algún *intruso* en el mundo de las letras, pero me pareció interesante abrir puentes a disciplinas como la música (Daniel Barenboim), la ciencia (John Nash), la psicología (Daniel Goleman) o incluso el ajedrez (Garry Kasparov), siempre a partir de casos de grandes nombres que hubieran publicado un libro sobre tales materias y que, por tanto, propusieran esencialmente una experiencia lectora. Se alternan conversaciones cortas con otras que se extendieron a lo largo de varios días. Así, uno de los hipotéticos alicientes sería el de poder seguir –en ocasiones, a lo largo de los años– la trayectoria y evolución de algunos grandes escritores. Es este un libro que puede ser leído en cualquier orden o dirección. Todos los textos han sido editados, se han suprimido partes demasiado ligadas a la actualidad del momento, se han ensamblado conversaciones distantes en el tiempo y, en algún caso, se ha introducido alguna respuesta que en su día no cupo en la versión publicada en prensa, básicamente en la sección de Cultura del diario *La Vanguardia* y en el *Magazine* dominical que comparten una veintena de cabeceras españolas.

Alguna vez, al intentar explicar a estudiantes de Periodismo cuáles son las claves de una buena entrevista, no he podido evitar sentirme invadido por una cierta impostura al desgranar elementos tales como la preparación, el conocimiento de la obra, la elección del contexto, la empatía, la capacidad de saltarse el guión, hablar previamente con conocidos

del personaje, la percepción psicológica, observar los gestos y pequeños detalles... pues venía a mi mente aquel colega que, al no tener tiempo nunca para leerse los libros de los escritores con que se encontraba, solía iniciar sus encuentros con la fórmula: “¿Cuál era su objetivo al escribir este libro?” y, así, escuchando esa primera respuesta, iba preparándose mentalmente las siguientes preguntas. En una ocasión –la mejor pieza que yo alcancé a leerle– no tuvo siquiera tiempo de formular una segunda cuestión, pues su interlocutor, el genial Guillermo Cabrera Infante, le ofreció una brillante respuesta-monólogo de media hora que él se limitó a transcribir.

Es sabido que, para conocer bien un período histórico, para empatizar con las personas que palpitan bajo el manto de los grandes eventos, es mejor recurrir a los grandes novelistas de cada época, que a menudo nos legan más verdades que los historiadores que fueron sus contemporáneos. Es por eso que estas páginas hablan de muchas más cosas de lo que parece: no solo de literatura sino, sobre todo, del mundo de hoy, de nuestros traumas, anhelos y costumbres cotidianas. De ahí que el premio Nobel nigeriano, Wole Soyinka, tuviera que contratar a los dos guardaespaldas a los que se aludía al principio, porque acudir a entrevistarle en el escenario de sus obras implicaba sumergirse en una sociedad extremadamente violenta e injusta.

Si las entrevistas, como ha dicho Bernard Pivot, “envejecen mejor que los demás géneros periodísticos” también es verdad que, como sostiene Salvador Pániker, el problema de este género “es que uno queda reducido al nivel intelectual del entrevistador”. Pido disculpas de antemano por este error irremediable.

Los 80 escritores

NAGUIB MAHFUZ

“EL TERROR NO HA PODIDO CONMIGO”

- Naguib Mahfuz en su casa de El Cairo en junio de 2006, un par de meses antes de morir. | KIM MANRESA / ALVG

NACIMIENTO:

○ El Cairo
(Egipto,
11/XII/1911)



MUERTE:

El Cairo
(30/VIII/2006)

LUGAR Y FE-
CHA
DE LA ENTRE-
VISTA: El Cairo
(junio del 2006)

CUATRO OBRAS DESTACADAS:

- **El callejón de los milagros (1947)**. Su obra más célebre. Entre el realismo y el costumbrismo, describe la vida de unos personajes aislados en un barrio humilde, con los mayores incapaces de adaptarse a la modernidad y los jóvenes soñando con huir.
- **Entre dos palacios (1956)**. Finales de la década de 1910 en El Cairo. La familia Abd al Gawwad, símbolo de la clase media, cuenta con un padre tradicional, autoritario y con doble vida. Sus hijos varones estudian o trabajan y las hijas están recluidas en casa. Compone la llamada *trilogía de El Cairo*, junto con *Palacio del deseo* y *La azucarera*.

- **Miramar (1967)**. Los residentes de una pensión en Alejandría, propiedad de la griega Mariana, interactúan en torno a Zohra, una hermosa campesina que ha dejado su pueblo. Retrato del Egipto posrevolucionario.
 - **Diálogos del atardecer (2003)**. Libro de aforismos y alegorías en la etapa final de su vida que la sudafricana Nadine Gordimer consideró “más valioso que una autobiografía” porque es la manera de conocerle por dentro.
-

Naguib Mahfuz no puede vernos. Ni oírnos. Al llegar al comedor de su piso en El Cairo, nos recibe en bata y zapatillas, y le apretamos la mano fuertemente, durante un buen tiempo, para que adivine el afecto y la admiración que despierta en nosotros. Mientras nos invita a sentarnos en el sofá, su mujer –ataviada a la oriental, con un pañuelo azul en la cabeza– nos sirve té y repostería variada. Encomendamos el desarrollo de la entrevista a uno de sus mejores amigos, el también escritor Mohamed Salmawy, que le traducirá al árabe nuestras preguntas, gritándoselas a veinte centímetros de la oreja, a un altísimo volumen. La escena, que se repetirá a lo largo de varios días –Mahfuz se cansa mucho de hablar–, desprende, contra lo que pudiera parecer, una aureola de dignidad. El termómetro marca 37 grados, y estamos en el Cairo. El bullicioso Cairo de Naguib Mahfuz.

Los días del premio Nobel de Literatura de 1988 se parecen uno a otro. Acaban siempre con una pastilla (“la necesito para dormir”). Por la mañana, se levanta muy temprano, y lo primero que hace es concentrarse: “Intento memorizar lo que he soñado, tal vez escriba sobre ello”. Después de desayunar, recibe a su amigo, el señor Sabry, que le lee la prensa del día y algunos libros. Más que leerle, el señor Sabry le grita al oído, como el señor Salmawy durante nuestra entrevista. Más tarde, una vez ha comido, Mahfuz sale de tertulia, a charlar con sus amigos, un grupo diferente de amigos cada día (aunque alguno de ellos repite turno), en diferentes cafés, bares y hoteles de la ciudad, hasta las diez de la noche. Nada recluye a Mahfuz, que va a

cumplir 95 años, es ciego, casi sordo y no puede hablar demasiado tiempo seguido. Sus actividades habituales incluyen sesiones de fisioterapia tres veces por semana.

¿Cómo sería la vida de Naguib Mahfuz sin la puñalada que recibió la tarde del 14 de octubre de 1994? Aquel día, el escritor, tras salir de su casa, fue atacado por un integrista religioso, que consiguió clavarle un cuchillo en el cuello. Salvó su vida porque el amigo que le acompañaba en aquel momento era médico y porque el atentado se produjo al lado de un hospital. Desde entonces, le acompañan las secuelas de aquel ataque. Por ejemplo, su mano derecha quedó paralizada. “Tuvo que aprender de nuevo a coger el lápiz –nos cuenta Mohamed Salmawy–, ¡él, que había recibido el mayor premio literario del mundo! Y lo hizo sin quejarse. Consiguió al final, tras mucho ejercicio, poder escribir media hora al día, aunque nunca más aquella letra clara de antes”. Mahfuz nos muestra, trabajosamente, su caligrafía actual, que le permite escribir alguna frase corta o firmar un libro. Parece la letra de un niño.

Por las mañanas, recorreremos los callejones, mercados y cafés tradicionales descritos en las obras de Mahfuz (“no hace falta que vayan a este –nos advierte–, ahora es un restaurante moderno”). Por las tardes, le acompañamos a sus legendarias tertulias cairotas. Hoy es domingo, y estamos esperándole en la puerta de su casa, en el mismo lugar donde lo apuñalaron. Hay un gran despliegue policial. Tres agentes en la calle, otro en una garita de seguridad, un falso taxi que lo va a trasladar a un hotel y, nos dicen, varios miembros de la secreta dando vueltas por el barrio (sospechamos de un repartidor de pizzas que aparece una y otra vez con el mismo cargamento bajo el brazo). Cuando Mahfuz aparece, del brazo de su amigo Fatehy Hashem, el médico que le salvó la vida en 1994, percibimos el simbolismo de ese paseo diario, como si el lento andar del escritor nos

dijera: “¿Lo ven? El terror no ha podido conmigo, sigo yendo de tertulia”.

Lo único que el atentado cambió son los lugares de esas reuniones, por motivos de seguridad. El casino Opera, el café Riche, el Ali Baba, el Qasr al Nil... tuvieron que ser sustituidos por lugares más seguros. Hoy toca en el bar Napoleón, en un piso del lujoso hotel Shepheard. Mahfuz y el doctor Hashem llegan primero y se sientan a esperar. El único Nobel en lengua árabe nos cuenta: “He tenido que reducir mi ritmo de cigarrillos. En vez de fumarme tres al día... he pasado a dos”, dice sonriendo como un pillo.

Van llegando contertulios. Hoy, asisten al encuentro una periodista irlandesa, además del director de cine Essam Deraz –que ha rodado un documental sobre el escritor–, el ingeniero Mohamed el Kafrawy, un redactor de la revista *Juventud*... Todos se van turnando para presentarse a gritos a Mahfuz, quien asiente, sonríe o entabla una conversación, según los casos. La mayor parte del tiempo, sin embargo, permanecerá quieto, sumido en su oscuridad, mientras los demás hablan. Parece feliz, como si le bastara saber que está rodeado de amigos.

El cineasta Deraz le ha repetido hasta cinco veces quién es, pero su suave voz no consigue traspasar el oído de Mahfuz. Mucho mejor, para ello, la gravedad del timbre del ingeniero Kafrawy, que le ha traído una docena de recortes de periódicos de la última semana “para que comentemos la jugada, Naguib”. Así, Mahfuz y Kafrawy hablan de los resultados del Mundial de fútbol, del papel de Gerry Adams en el proceso de paz de Irlanda, de la lucha entre Hamas y Al Fatah en Palestina o del auge de fanáticos religiosos dentro del país. Entre sodas y tazas de té (nadie toma alcohol), transcurre la tarde, convertida en una celebración de la amistad.

“Es cierto –nos dirá Mahfuz, al día siguiente, en el salón de su casa–, la amistad, en esta etapa de mi vida, es lo más importante. De ella saco el apoyo y la fuerza necesarios para vivir, un día tras otro. Ahora ya no puedo leer ni escribir, pero mis amigos son mis ojos, mis orejas y mi pluma. Sin ellos, estos hubieran sido los años más miserables de mi vida. Mis carencias me aíslan del mundo, así que tengo que preguntarles qué cosas nuevas suceden en el campo de los libros, la música o el arte. El poquito de conocimiento que extraigo de eso es muy importante para mi bienestar, tanto mental como físico”.

El bloque de pisos, junto al Nilo, en el que vive Mahfuz (la casa que ya tenía antes del premio Nobel) no resulta nada ostentoso, y la zona se parece a cualquier barrio de clase media española, aunque la fachada de cemento está sucia, y los mugrientos aparatos de aire acondicionado parecen una amenaza para el viandante. El interior de la vivienda, sin embargo, denota que su morador es alguien distinguido: una ornamentación elegante, jarrones con flores, tapices en las paredes, diversas piezas de artesanía...

¿Cómo escribe ahora Mahfuz? “Pienso una historia, la memorizo y la dicto”. Está trabajando en sus “sueños de convalecencia”, textos que intentan capturar sus experiencias oníricas. “Es apropiado para mi estado de salud –comenta–, los sueños proceden del interior de las personas, no es necesario ver ni oír para captarlos en su plenitud. Es lo que puedo hacer ahora. No necesito vivir otras experiencias, porque ya estoy viviendo una interna. Tengo un sueño, lo vivo como algo real y, luego, lo transformo en algo parecido a una novela, algo completo y que tenga significado”.

Esa es la razón de que los últimos libros del autor sean la suma de textos muy breves, a menudo de una página, o incluso menos. “Destilo cada frase y cada idea hasta encontrar su esencia. Algunos críticos lo han comparado con los

haikus, pero los que escriben esos poemas japoneses son libres para escoger la forma que prefieran. En mi caso, la necesidad me ha obligado a ser breve. Solamente puedo escribir historias cortas, condensadas, no puedo hacerlo durante más de media hora, me canso, aunque pueda pasarme días dándole vueltas a la cabeza”.

¿Qué queda –le preguntamos– de su temprana fascinación por los faraones? “Aquella gran civilización –responde– no es sólo un reclamo turístico o algo del pasado, sino que ha dejado huella en los egipcios de hoy: en su lenguaje cotidiano, en sus costumbres diarias y en sus tradiciones, así como en su inclinación a la religión y en su conciencia de la muerte”.

Uno de los temas clave en sus obras es el proceso de modernización de la sociedad, y el interés del hombre de la calle por el pensamiento moderno y las ideas europeas. “Sí –admite–, la modernización es un proceso natural, las civilizaciones se desarrollan gradualmente y la interacción entre ellas es imprescindible. No se puede ignorar a otra civilización porque todas contienen algo humano. El egipcio es abierto por naturaleza. Su ubicación geográfica, entre los tres continentes más antiguos del mundo, ha permitido una continua interacción con las otras culturas. La naturaleza del egipcio es tolerante, pues es protagonista de una civilización que nunca cerró sus puertas a las otras que pasaron por sus tierras a lo largo de la historia”.

Su amigo Salmawy, dramaturgo, periodista y presidente de la asociación de escritores, es el artífice de que Mahfuz publique cada semana una columna de opinión en la prensa. “Le vengo a ver cada sábado –explica Salmawy–, le propongo un tema y mantenemos un diálogo, en ocasiones le hago preguntas y en otras no hace falta, porque ya se le ha ocurrido todo a él”.